

derosa que acababa de serle brindada y que ella, fatalmente, sacrificándolo todo, familia y bienestar, no podía aceptar; mano terrible y vengadora, capaz de zarandear, como en su sueño, las paredes de la casa y derrumbarla sobre ella.

Un temor indefinible se apoderó de Tecla, y respetuosamente, sin percatarse de D. Benigno, que la miraba burlón, se apartó de D. Paolo, mas no los ojos de aquella su mano vengadora.

VII

Noviembre es el mes de las flores en estos mis barrios americanos. En los pocos patios andaluces que el progreso nos va dejando, afanoso de perseguir la tradición y siempre en guerra con ella, cuelgan los jazmines su blanca cortina perfumada, toda la gama jazmínea, desde el sencillo *del país*, que es enredadera y abre en estrella, hasta el del *Cabo*, que es arbusto y lozanea en rosas; matizan sus colores los claveles, los heliotropos, los resedás, las *diamelas*, la *Santa Rita*, la *picardía*, las *flores del aire*... sonrisas de Dios que alegran la tierra,

Parmenia no fuera portefía, si no gus-

tara de los jazmines y su balcón adornara y convirtiera en jardín: tenía cuatro, no, ocho, hasta diez macetas, grandes y pequeñas... Pero, en este galano Noviembre, que daba flores á porfía, no prendió una sola en el aéreo arriate de *Parmenia*. Los jazmines estaban secos, y sus ramitas amarillas temblaban allá arriba, como si las sacudiera el cierzo de Junio, muertos de sed los pobrecillos miserablemente.

Porque, ¡buena andaba *Parmenia* para regar sus jazmines! ¡Pasaba unas rabetas! ¡Sentía una comezón de hacer algo, una barbaridad, que la librase de las manos de su madre! Ya se lo había dicho á Marquitos, en alguno de los hociqueos que á hurto de los de la casa se permitían.

—Es preciso, Marquitos, que esto acabe. Las cosas se van poniendo de tal modo, que, ó despejamos la situación con una campanada, ó cedemos, y eso de ceder, cederás tú, que yo no, aunque me maten. Pares aprieta, mamá aprieta más, yo me resisto... ¿y tú? ¿Tú qué haces? No sé lo

que haces por esos mundos, pero creo que nada bueno será y que no dedicas á nuestro asunto la atención que debes, la urgencia que reclama, distraído sabe Dios en qué trapisondas.

—¿Yo? Le he escrito á Pares cuatro pares de anónimos, anunciándole que voy á romperle un hueso, á pegarle un tiro...

—O no los recibe ó no le importa; y aunque yo le tuerzo la cara, como mamá lo llama y atrae...

—Es el más duro de todos.

—Hay que hacer algo, Marquitos. En ¿qué piensas?

—Pienso en cierta llave falsa con cordón azul...

—Sí, ya lo he pensado yo también, porque sin dinero ¿dónde vamos? Y la fuga, Marquitos, la fuga es la única salida. Como en las comedias y en los folletines. Nos iremos á Montevideo ¿te parece? ó á Chile por la cordillera... Desgraciadamente, la llavecita la tiene Tecla y Tecla no va á prestármela.

—Se la quitaremos.

—Justo... A veces la olvida sobre el tocador.

—O mandaré yo fabricar otra.

—También. Casi es mejor disponer de otra. Porque, figúrate, entre quitársela á Tecla y abrir el cajón consabido no deben mediar nada más que minutos, y una combinación así es difícil que resulte bien. Con otra, se dispone de más tiempo, se escoge la ocasión.

—Haremos otra.

—Eso, eso... Pero, ¿y si no encontráramos nada en el cajón, Marquitos? El día aquel de Concepción sólo había, espérate, unos trescientos pesos.

—Porque era á fines de mes, acuérdate bien. Hay que aguardar al 1.º, en este caso, el próximo día 1.º de Diciembre. El 1.º de cada mes, D. Paolo sube de la caja de abajo al cajón de arriba la suma necesaria para los gastos de la casa, no sé, dos ó tres mil nacionales... Creo que con eso tendremos bastante.

—Ya lo creo. Seremos muy formales; gastaremos poco.

—Y, entretanto, no te niegues á ir á Palermo, para no estropear nuestro asunto con algún estallido de la tía Gorgonia; no la discutas nada, cállate, disimula, sonríe al botarate de Pares, si es preciso. Cuando llegue Diciembre, que nos echen un galgo.

—¡Qué han de echarnos! Ni galgos ni podencos. El día que se escapó Concepción, mamá alborotó mucho, pero no pasó de ahí.

—Falta saber si D. Paolo, ya repuesto, obrará de la misma manera.

—Ese ni alborotará, ni chistará siquiera. Es un zoquete. Se contentará con miradas tristes, suspiros melancólicos... y bajará á hacer buñuelos con el *fratello* y el pedante de Landín.

—Pues hasta el 1.º de Diciembre entonces. Tiempo tenemos de convenir detalles... ¡Y poca gana que me ha entrado de ver tierras! Ya estaba de Buenos Aires y de la casita esta hasta los pelos.

—Y yo... ¿En qué piensas, Marquitos?

—En que se nos puede desbaratar todo, en que la llave no funcione, en que el cajón no contenga más que centavos, en que, saliendo yo de aquí, debo dar por perdido el nuevo pleito de filiación natural que quiero intentar á la familia de Asnabal... Parmenia, no olvides que tienes delante al hijo natural del difunto millonario D. Gabino Asnabal.

—Bueno, ¿y qué? Muy señor mío.

—Pienso, Parmenia, en que el doctor D. Rómulo Pares es marido de una Asnabal, de una hermana mía, y, por consiguiente, nada más y nada menos que mi cuñado, ó no entiendo yo de parentescos.

—Y aunque lo fuera, Marquitos, ¿qué?

—Parmenia, ¿no sería mejor que yo me arreglara amistosamente con mi cuñado Pares? Mejor es esto que la escapatoria... Figúrate que un arreglito así, entre amigos, nos proporcionara dos ó tres pares de cientos de miles de pesos como transacción de tu pleito y del mío... ¡Qué luminosa idea!

—¡Marquitos, Marquitos! ¡Dos ó tres pares de bofetones te vas á ganar si repites lo dicho... Manda hacer la llave, y el 1.º de Diciembre ¡abur!... ¡Qué aprensiones las tuyas! Verás: todo saldrá como una seda.

—Saldrá ó no saldrá, Parmenia...

Y el desenvuelto mozalbete estampó, con sigilo criminal, dos ó tres pares de besos en la mano de la morena damisela, separándose porque llegaba Enriqueta, y Enriqueta era la fisgona más peligrosa de la casa.

¡Ay! Al autor de folletines, muy fácil debe parecer disponer un rapto en toda regla con sabias y oportunas plumadas, suprimiendo á capricho todo estorbo y proporcionando todo medio para el éxito del lance; pero cuando se trata de un rapto de verdad, ¡ay, Dios!, qué difícil resulta y cuántos hilos hay que atar y cuánta precaución que tomar... Las misteriosas conferencias de Marquitos y Parmenia, del futuro raptor y la raptada en ciernes, se

multiplicaron con riesgo de que la malicia de Enriqueta les descubriera, ó la misma misia Gorgonia; pero misia Gorgonia, fuera que los años habían debilitado sus facultades oculares y olfativas, y en dos objetivos supremos concretara sus potencias todas, D. Paolo y sus galletas, nunca sospechó de Marquitos, y más bien lo amparaba como hijo, que ella lo crió y junto á sí mantuvo siempre. Como sospechar, pues, no sospechaba gota; antes, muchas veces, hacía que las acompañara á Palermo en el mismo coche, y por ser las vueltas de ronda, continua matraca, que produce sueño, se dormía la señora, y en sus narices seguían tejiendo la trama ambos cómplices, con mayor libertad y desenfado que en casa.

Y mientras ellos tejían la suya, el Destino, otro autor folletinesco de manga ancha y buenas despachaderas, envolvía en la red de la traición y del pecado á Hugo y á Tecla, y así la fábrica de Fiorelli era volcán de concupiscencias, Vesubio de ma-

las pasiones, ardiendo én fuego las entrañas y flameando en la cumbre el penacho de humo, nubarrón de amenaza.

Dormía y mascaba misia Gorgonia ó alborotaba con Parmenia, y seguía mascando; suspiraba D. Paolo, y abajo y arriba, y arriba y abajo, suspiraba, caída la visera hasta el bigote, con lo cual veía menos de lo que ver debía; concertábase Parmenia con Marquitos; perseguía, con los ojos, Tecla á Hugo, y Hugo huía de Tecla por pies.. y hasta la china no sé qué ajustes de sisa mantenía con Marieta, de modo que cada cual campara á su gusto y albedrío.

Una tarde se puso mala misia Gorgonia. No se asusten ustedes... Cuestión de un pequeño exceso en la merienda: una docenita de *Únicas*, dos de *Exquisitas*, dos de *Perfectas*, media de *Piccolos*, una de *Ultras*, quince *Teclas* y catorce *Hugos*. Añádase á esto una naranjada helada y una mala respuesta de Parmenia, y se tendrá el balance exacto de las causas de aquella in-

disposición que impidió su paseo ordinario á Palermo. El paseo en coche, la exhibición de todas las tardes, eran para misia Gorgonia, madre amorosa, tan necesarios, que dejaría antes de comer que de salir; mas, como precisamente por haber comido salir no podía, confió la guarda de Parmenia á Tecla y el encargo de mostrarla, «porque la ausencia de la chica en Palermo sería mal interpretada, se escamaría el doctor Pares y se torcería el negocio».

Al prudente discurrir de la señora, opuso Parmenia su desgana de paseítos que la aburrían, y Tecla que no gustaba ir de rodrigón; excusas que no sirvieron sino para que á la media hora se vieran embutidas en la *victoria* descubierta de los trotones castaños, muy compuestas las dos y más guapas que nunca; que mujer bonita en carretela es joya en su estuche. Salía Hugo de la fábrica, concluída su labor, muy cabizbajo, cuando un femenino siseo, del lado de allá de la verja, le suspendió y detuvo.

—Huguito, Huguito, venga usted.

—¿Está usted sordo, Hugo?

Sordo no estaba, pero se hizo el sordo el *bambino*, asustado al reconocer á las del siseo. ¿Qué quería Parmenia? ¿Qué quería la cuñadita?

—¡Hugo! ¡¡Hugo!!

No tuvo más remedio que acercarse al coche, y preguntar á las dos hermosas y elegantísimas damas en qué podía servir las, que con tal premura lo llamaban; pero ellas no se cuidaron de explicarle nada, sino que lo cogieron cada una de una mano, y por fuerza pretendieron hacer que con ellas subiera y se sentase entre el torbellino de sus gasas, en tan grata y perfumada vecindad, que el joven se sintió mareado á medias, y abriendo las narices y cerrando los ojos, dijo que no subiría, así lo ahorcasen.

—Vamos—advirtió Parmenia con fingida jovialidad—á visitar á nuestro grande y buen amigo Panchito de Palermo, y hemos pensado presentárselo á usted. Ya

que mamá nos manda á Palermo, antes que á Pares prefiero ver á Pancho. Y vamos á ver á Pancho.

—Sí—agregó Tecla sin soltar su presa, ó sea la muñeca del mancebo, sólidamente cogida,—allá vamos, y deseamos que usted nos acompañe.

—Pues yo no voy á visitar á ese señor D. Pancho, porque no tengo el honor de conocerlo—opuso Hugo tercamente.—Ustedes me disculparán...

Nada de eso. Como no subiera al coche y con ellas fuera á ofrecer sus respetos al ilustre personaje, pelea segura. ¡Paseo más agradable en aquella tarde de primavera, de suave ambiente! ¡Visita más interesante, la del filósofo, prisionero en el Zoo, enjaulado como un malhechor, resguardado por discreta cortina de la impertinente curiosidad del público! Pancho, el más gracioso, el más simpático y desvergonzado de los orangutanes, no más desvergonzado que muchos hombres, más gracioso y simpático!

Reía Parmenia, esta vez de buena gana, y Tecla, irritada por la resistencia, tiraba del brazo de Hugo con fuerza. Pero, ni el brazo ni Hugo cedieron.

—Ustedes me disculparán—insistió,—no puede ser. Muchas gracias.

Cedieron ellas, al fin; arrancaron los caballos; alejóse el carruaje... Hugo subió la escalera de la casa muy despacio. Se miraba la muñeca, que los dedos de Tecla señalaron de rojo y apretaron con despechada rabia, y ante el dolor del castigo femenino sentía satisfacción muy grande de no haber cedido á la sugestión y al capricho de la otra, de haber tenido valor bastante para resistir al atractivo, á la tentación loca de un paseo, lado á lado, mano á mano, con la peligrosa cuñadita. Así, así procedería siempre. Con el mismo valor se marcharía de la casa, se alejaría de Buenos Aires. No sucumbiría, no, aun envenenada el alma por la convivencia perversa. Y no lo estaba del todo; aún había remedio para su mal cuando resistía todavía y tal entereza

mostraba en todos los lances que la casualidad ó la intención (¿sería casualidad? ¿sería intención? ¡horrible duda para Hugo!) le ofrecían cada día, hoy con la invitación á paseo; ayer, durante los cuidados de la pasada enfermedad de D. Paolo, en mil detalles turbadores, y antes de la enfermedad en otros mil, que no se atrevía á analizar ni á discutir, que tal vez no túvieran más importancia que la que su propio, culpable y oculto sentimiento quería atribuirles, y su vanidosa jactancia juvenil,

—Este dolor que me causan tus dedos vengativos—pensaba el *bambino*—es buen remedio para mi mal. Mayor dolor sentiría si por esas avenidas magníficas, fuese ahora á tu lado, engañándome á mí mismo cobardemente, de que me llevaba la curiosidad de conocer al ilustre señor D. Pancho de Palermo, nuestro común abuelo, y no el pícaro deseo de tu perfumado contacto. Si me castigas por suponer que yo te desdengo, aprieta, araña, muerde, que más he de desdengarte cuanto más me aporrees; y si por

conocer que sí te quiero, complacida queda, que no tardaré en desaparecer de tu vista, porque el deber lo ordena y la tranquilidad de mi conciencia. Aprieta, araña, muerde, ¡oh Tecla, que á todas horas sueñas en mis oídos, unas veces con dulce armonía de amor, otras veces con desatemplado acento de venganza! ¡Oh Tecla, hermosa unas veces para mis ojos, indigna otras veces para mi alma! ¡Contradictorio afán, imán y polo repulsivo de mi vida, nada, nada conseguirás de mí que no sea en pro de la felicidad del *fratello* amado!

Absolutamente nada. Hugo levantó la cabeza con el ademán de las grandes resoluciones, y desde lo alto de la escalera envió á la otra un gesto de desafío. ¡Nada! Aquel acto de resistencia, del que no se creyera capaz, le había dado una idea de su fuerza de voluntad. Pues bien, esta voluntad, esta palanca, iba á emplearla toda, toda, en remover y derrumbar aquella situación que, por vergüenza de sí mismo, no debía

durar. ¡Engañar, traicionar él á D. Paolo, á su hermano, á su padre! Pero, ¿quién lo imaginó siquiera? Tan repugnante idea, ¿se alojaba, de veras, en su cerebro? ¿Qué casa, qué cueva era aquella donde ideas tales, alimañas tales andaban sueltas y asaltar podían, así, á mansalva, al incauto, al inocente venido de Monferrato, y corromperlo, como linda manzana que cayó del árbol, y atacada de gusanos se pudre en una charca? ¿Y qué voluntad era la suya, tan floja y mísera, que en el punto y hora que vió, que sintió que alimaña tal le andaba allí adentro, y hozaba, asquerosa, en la nobleza de sus sentimientos ¿cómo no la arrojó de sí, con más prisa que una víbora del seno? ¡Oh! ¡*bambino* hipócrita! Confiesa que te has deleitado en la idea culpable, y que la abriste las puertas sin precaución, y la diste asilo, calor y alimento sin recelo. ¡Y ahora te asustas y descargas sobre los demás el peso horrible de la propia falta! ¡Tú, que has pecado dos veces: una dejándote invadir por el contagio,

y otra abandonándote al mal sin hacer nada por extirparlo!

Tornó Hugo á sacudir la cabeza, negando con energía lo de no *hacer nada...* Sí, resistir, pelear, sufrir angustias mortales, atormentado por la duda de si era él quien veía visiones ó realmente ella quien le provocaba; si era él quien iba hacia ella ó ella quien venía á él; cuál de los dos era el vil, el traidor, el que instigaba y buscaba perder al otro. Ahora mismo, con la lista roja en la muñeca, no lo sabía.

Mas no era cosa de perder el tiempo en averiguarlo. Demasiado se había perdido, una eternidad. Lo bastante para que el daño, sea cual fuere su origen, estuviera hecho y urgiera darle fin. Porque ¡ay Dios! también le parecía que D. Paolo sospechaba; no sé, le parecía notar en su mirar, en su trato, cierto despego, cierta frialdad que con él nunca tuvo; acaso fuera aprensión suya, sobresalto natural del pecado, inquietud del delincuente, que en todas partes ve sombras de polizonte.

El gesto que, de lo alto de la escalera, enviaba á la otra, adquirió la rigidez indicadora de una resolución firme. Estaba decidido, lo que se llama en el buen castellano de D. Benigno, decidido. Se marchaba de la casa y de Buenos Aires.

Entró en su cuarto, que era la segunda puerta en el corredor junto á la sala, y tenía una ventana que caía al patio de la fábrica, cuarto blanco, como de doncella, todo de laca, con cortinas de fondo crema y ramos de rosas; sobre la cama, un San Luis Gonzaga, en marco blanco también; sobre la mesa de escribir, una vista fotográfica de Monferrato y debajo el retrato de un buen señor con manteo y sombrero de tres puntas, el tío Girólamo, la nota negra, por el color, del albo nido que don Paolo preparó y dispuso para el *bambino* esperado con amor tanto, y donde ¡mentira parece! surgieron y crecieron las ideas malas, causa de su desdicha.

Hugo se sentó delante de la mesa, cogió de la carpeta una hoja de papel, em-

puñó la pluma, la zambulló en la tinta de una concha de cristal que, en el centro, ofrecía su negra boca á la inspiración, y después de mirar largo rato al señor del manteo, escribió con letra ancha y clara: *Mío caro tío Girólamo...* Era la carta ordinaria, quincenal, al tío Girólamo, contándole sus impresiones bonaerenses, cómo le iba á él, qué tal andaba D. Paolo, cuál era la marcha de la fábrica; carta en que omitió siempre, naturalmente, lo más gordo, su transformación viciosa en la metrópoli americana, sus caídas y todo el proceso espantoso de aquélla que ahora le ponía la pluma en la mano para comunicarle el regreso, vencido, malherido y sangrando el alma entera.

Mío caro tío Girólamo... Otras veces, después de los dos puntos de rigor, la pluma corría escapada sobre el papel, dando alegres saltos, como potro por fácil llanura; pero, hoy no se meneaba, no avanzaba una línea. ¿De qué manera explicarle al tío la vuelta, con qué palabras, con qué

circunloquios? Así disfrazara la verdad muy hábilmente, el tío, buen buceador de conciencias, diría en seguida:—¡Hum! cuando éste vuelve, no es por nada bueno... Y le arrearía el disciplinazo hache.

—Porque, yo no puedo confesarle la verdad — pensaba Hugo, levantados los ojos hacia el retrato;—no voy á escribirle á usted ¡oh carísimo tío Girólamo! es por esto y por esto... Me daría vergüenza. En todo caso, se lo diré en el confesonario, arrodillado á sus pies como penitente, seguro de que, con la absolución, me dará su aprobación por haber tenido valor bastante para abandonar á mi hermano y perder mi porvenir de empleado en la fábrica, de dueño mañana de ella. Seguro, seguro estoy, tío Girólamo. Pero, por carta, no se lo digo á usted, ni creo que haya necesidad tampoco. Espérese usted, no sea impaciente, que detrás de la carta voy yo; y si la carta, por breve y enigmática, lo deja perplejo, cuando yo llegue lo sacaré de dudas, en el confesonario ó en la cocina, no

importa, junto al hogar, que arderá de lo lindo gracias á las brazadas de leña de nuestra buena Agnese... Noviembre es frío en el pueblo ¿y Diciembre?... Y aquí estamos en primavera y hay flores y todo ríe... ¡todo menos yo!

Escribió, al fin, Hugo una carilla, firmó con un garabato enérgico, encerró la carta dentro del sobre, en el que puso la dirección minuciosa que le garantiza de extravío, y la guardó en su cartera, con ánimo de echarla al buzón por la noche, y luego subir, cuando no pudiera ya retroceder, buscar al *fratello* donde lo hallara solo y anunciarle:

—*Fratello*, ¡á Monferrato me vuelvo!

De pie, Hugo, se absorbió en nueva y profunda meditación. Lo que al tío Girólamo no podía confesar sino en su carácter de cura de almas... claro, clarísimo que á D. Paolo no se lo iba á desembuchar; pero, se excusaría con su salud, el clima, el trabajo, cualquier razón así, vaya. Seguro estaba también de que D. Paolo no ensayaría retenerlo: lo miraría tristemente, con

aquel mirar suyo de mastín enfermo, y contestaría:

—*Benísimo*. Si es por tu gusto, vuelve á Monferrato.

Ya anocheecía, y por la ventana entraba el resplandor insolente del globo eléctrico del patio, de luz lechosa y deslumbrante. Del lado del corredor oyó Hugo, en esto, las voces chillonas de las damas que volvían del paseo, sus saltitos de gorrión, el batir de puertas... Esperó un rato, y al sentir el conocido chancleteo de Enriqueta, entreabrió la suya é hizo *chist, chist* á la china.

—Mira, no cómo en casa, ¿eh?

Sí, señor, comería fuera. Puesto que se marchaba, era preciso comenzar por suprimir, poco á poco, la intimidad de familia, el diario contacto que temía. Y muy contento de esta nueva resolución, concordancia de la principal, de la decisiva, y prueba de que la voluntad seguía funcionando sin menguar en un ápice, prestamente recogió el sombrero, después de pasar el peine por

los cabellos rubios y afilar las puntas del bigote, con el mismo ademán de antes, aquel gesto de desafío soberano.

Ponía la mano en el picaporte para salir, cuando entró Tecla. Nunca entraba Tecla en su habitación; no había necesidad de que entrara, porque su habitación no era paso, y menos estando él en ella; pero esta vez no sólo entró, sino que no pidió permiso para entrar. Traía puesto el sombrero todavía, una primorosa cesta de paja fina, boca abajo, con lazos celestes y myosotis ó *no me olvides* desparramados con profusión, y en las manos un magnífico ramillete de jazmines, tan grande, que había de cogerlo con ambas para soportarlo; el aire desenvuelto que en ella encontró siempre Hugo, y fué extrañeza primero y atractivo después para él, una de las cosas raras, de las más raras de la casa misteriosa, parecía impulsivo movimiento de guerra, tan pálida estaba en su blanco traje de batista bordada, de tal modo apretaba los labios con enfado y brillaban sus ojos hermosísi-

mos. Entraba á pelear, seguramente; así se lo comunicó en el coche, y cumplía su palabra disparándole esta pedrea:

—Dice Enriqueta que usted no come en casa, ¿es cierto? ¿Por qué? ¿Adónde va usted á comer? ¿Es que el nene ha resuelto rebelarse? Porque voy notando unos síntomas... Esta tarde se ha mostrado usted grosero conmigo; no nos ha querido acompañar; ha rechazado nuestra invitación por la fuerza, brutalmente. ¿Es que le da vergüenza mostrarse con nosotras? ¿Cree ó teme perder casamiento ventajoso, estimación pública, algún pedazo muy importante de su persona, si con nosotras se le ve en la calle ó se sabe que va á visitar al mono Pancho? ¡Qué lástima de terrón de azúcar! Ahora salimos con que nosotras apestamos y manchamos, porque el nene nos huye como de la peste y nos pone á distancia como á olla tiznada... Pues el señor D. Pancho, que es todo un caballero, cuando le enteramos de su descortesía, torció la jeta, y dijo:

¡Vaya un *guarango!* Gringuito había de ser, porque un porteño es... un porteño, la canela argentina. Si me piden ustedes que yo las acompañe, en cuatro patas me verían, y se me caería la baba y toda esta tristeza que padezco, por la mona que me tienen prometida y nunca llega, se convertiría en orgullo, en satisfacción inmensa de andar con tan buenas mozas.—Esto dijo Pancho, un orangután sin dos dedos de frente. Pero Pancho es un hombre de sentimientos, y usted no pasa de nene zonzoso, que todo se le va en mirarse al espejo, peinarse los ricitos y afilarse el bigotito...

A cada negativa ó protesta de Hugo insistía Tecla manejando graciosamente la ironía como puñal damasquinado que, si matar puede, se satisface con rasguñar la epidermis, y parece hecho para derramar nada más que una gota de sangre. Sí, no valían disculpas. Parmenia y el mismo Marquitos, que casualmente les salió al encuentro en el Zoo, lo condenaban, y en cuanto á su metamorfosis, al cambio que

transformó un chico simpático en un salvaje huroncillo, amigo de los rincones y de la soledad, todos en la casa lo habían notado, y se preguntaban qué le pasaba á la onza de oro, quién le ofendió, quién hizo pupa al nene...

—Tecla, ¡por Dios!—repitió el joven muy afectado.—Yo no me escondo ni huyo de nadie, ni soy capaz de despreciar á usted. ¡No diga usted eso, Tecla, no lo diga usted! Andaré preocupado, acaso, por causa de un proyecto mío, un proyecto de viaje...

—¿A Europa?—saltó rápidamente Tecla.

—¡Sí, Tecla, á Europa!

—¡Ah! Lo mismo que Paolo. Parece que la manía de los viajes les ha entrado á los señores de Fiorelli.

Turbada, sumergió la nariz en el ramo de jazmines, pretexto grato para ocultar su contrariedad. Y embriagada con el aroma penetrante, suspiró:

—¡A Europa! Pero ¿qué va usted á hacer en Europa, desdichado?

—No sé; por lo pronto, iré á casa del tío Girólamo.

—Cuando yo digo que acabará usted cantando misa... Y ese viaje, ¿será solito ó con Paolo?

—Solito; ¿quién va á acompañarme?

—Qué sé yo; la del araña, por ejemplo; ¡hay caprichos! Y Paolo, ¿conoce su proyecto?

—No lo conoce todavía; pero lo conocerá esta misma noche.

—¿Esta misma noche? ¡Qué prisa se da y con qué tranquilidad lo dice! Vamos, vamos, señor Hugo Fiorelli, ó, mejor, don Hurón Fiorelli, de Monferrato, sobrino de su tío Girólamo, usted bromea.

—No bromeo, Tecla; ¿quiere usted una prueba? Mire esta carta...

—Ya la miro. Es una carta, es un sobre que parece una carta.

—Pues es la carta al tío, en que le anuncio mi próxima llegada. Hoy la echo al buzón, mañana sale y yo saldré detrás; antes de tres días estaré embarcado.

—Sí, ¿eh? A ver, déjeme usted que me cerciore.

Hugo la entregó la carta; la miró Tecla despacio, y, desembarazándose de las flores, que arrojó sobre la mesa de escribir, la rasgó en cuatro pedazos y arrojó los pedazos junto á las flores.

—Haga usted cuenta—dijo riendo—que éste es el buzón, y que mañana, por el conducto del basurero, sale su cartita, y que llega á su pueblo y la lee su tío... Entretanto, usted no se habrá movido de casa, ni gastado en sello.

—¡Tecla!

—No hay Tecla que valga. ¿Qué es eso de irse á Europa, de dejar á su hermano? ¿Por qué? ¿Quiere usted ponerlo más ensismado, más bilioso de lo que está? ¿Quiere usted que le repita el ataque del otro día? Pues váyale con la noticia, y márchese, abandónelo, en pago de todo cuanto hace por usted, ingrátón de siete suelas. Aquí se le quiere, se le mima, y el señor *bambino* no encuentra otro medio de correspon-

der sino con la equidad del diablo... ¿Qué mosca le ha picado?

—¡Tecla!—insistió Hugo tembloroso.—Es preciso que yo me marche de aquí, por Paolo, el primero, por usted, por mí, por todos. No es ingratitud, es deber, es necesidad.. La carta rota nada importa para que yo deje de marcharme.

—La carta rota, no; pero mi voluntad, sí. Mi voluntad ordena y manda en la fábrica de Fiorelli, señor mío. Y á mí no me da la gana que usted se vaya... Vamos á ver, Hugo, Huguito, ¿por qué quiere usted dejarnos?

Se acercó á él, se colocó tan cerca de él, que le rozaba con su vestido blanco. Bajo el ala del sombrero oculta la parte superior del rostro, no la veía él ahora los ojos, pero sí la boca fresca y sonriente, la garganta desnuda; sintió que le cogía las manos y se las apretaba, con la nerviosa presión del coche, y su aroma, no sé qué extraño y diabólico que emanaba del cuerpo gentil, en perversa alianza con los jazmi-

nes, la semioscuridad (que el resplandor del patio no alcanzaba á iluminar sino las cercanías de la ventana), la ocasión y el secreto influjo de la corriente simpática trastornaron y casi enceguecieron á Hugo. El nerviecillo aquel de sobre la ceja empezó á bailar una danza frenética, y por un instante, que fué relámpago, se olvidó de D. Paolo... Pero, súbitamente quieta-do de nuevo por esfuerzo heroico, rechazó la solicitud de aquellas manos, que apretaban demasiado, y el acercamiento peligroso.

—¿Por qué, Tecla? No sé, vale más no hablar.

—No, eso no; hablemos, al contrario.

Un gesto había contraído la amorosa boca, y debajo del sombrero, sin duda, los ojos fulguraban centellas. Había que hablar y de qué hablar, ¡ya lo creo!

—Pues no seré yo quien hable—contestó Hugo completamente repuesto;—nada tengo que decir... Imagínese usted las razones que quiera, Tecla; esas, esas serán y no otras. Y en cuanto á que yo no habré

de marcharme, sentiré mucho desobedecerla, pero la desobedeceré, ¡desde luego la desobedezco!

Soltó Tecla alegre risa, cogió el ramo que sobre la mesa reposaba, y se lo arrojó á la cara, ofendiéndole con un arañazo mayor que el de Charo, y eso que los jazmines parece que no dispusieran de espinas defensivas como la flor del seibo. Al mismo tiempo acorraló al joven entre la mesa y la pared, y volcado sobre la nuca el sombrero, loca, buscó el nervio bailarín para oprimirlo con los labios.

—No hables, no hables—suspiró tu-teándole por vez primera,—¿qué me importa? Sin hablar, me lo confiesas... Lo sé todo. Pero, no te irás, porque yo no quiero, porque yo te lo mando. Hace tiempo te dije que éramos cómplices: pues bien, somos cómplices, hoy más que antes, y de algo para lo que no existe remedio... de algo que, desde el día de tu llegada, sin que tú ni yo lo sintiéramos, prendió en nosotros y nos abrazó á los dos como

fuego del infierno... No te irás, porque yo no quiero que te vayas, ni tú tendrás fuerzas para irte. Prueba á desobedecerme, nene zonzo, nene adorado...

El silbido de la fábrica, que marcaba la salida de los obreros y en aquel momento semejaba triunfal pregón mefistofélico; pasos cercanos, el mismo temor del delito, la hicieron abandonar su presa y huir. Derribado por el acoso amoroso y el repentino estallido de la pasión que sospechaba, quedó Hugo entre la pared y la mesa, palpitante de emoción y de terror. ¿Era verdad aquello? ¿No sería una de las tantas visiones, de los mil y un sueños que por las noches le perseguían, y dolorosamente le desvelaban, y en medio de los cuales veía así á Tecla vestida de blanco, y así sentía sus labios golosos hundirse en su carne ardiente, como brasas que le mordieran?

Se palpó la mejilla, que rozaron asperamente las flores y la frente, la mejilla y la boca, abrasados por los besos culpables de la cuñada. Las flores, los jazmines, allí

estaban, esparcidos sobre la mesa y en el suelo. ¿Era cierto entonces? ¿Cierto?

No se movió, de rodillas, los brazos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos. La sangre le golpeaba en las sienes, cual si la razón le llamara á capítulo, golpes de alarma, rebato inaplazable, que le convocaba ante la presencia del ultrajado *fratello*, cuya corpulenta figura se le antojaba tenerla delante, entre la ventana y la mesa, acercarse á él hasta dominarlo, y con la diestra vengadora, aquella su mano velluda y robusta, sobre la misma mejilla, manchada de besos, descargar bofetón ejemplar.

Gimió el *bambino* de dolor y de vergüenza. Había que escapar de la casa; después de la escena espantosa no podía quedar en ella, no, no, ni un minuto, ni un segundo más... Se alzó, tambaleando, y sus manos, buscando el sombrero á tientas, se escurrieron sobre los jazmines, entre los pedazos de la carta al tío Girólamo.

Allí estaba también el tío Girólamo, con

su chapeo de tres puntas, mirando por de trás del cristal al atribulado sobrino. Él, sin duda, porque había suficiente luz en la habitación, vió cuanto acababa de pasar, y debió comprender, ¿verdad, tío Girólamo? que la culpa, toda entera, era de la otra, de la cuñada, de Tecla. Él, no, ¡Dios mío! ¡Él, no!

Encontró el sombrero, dió dos pasos para la salida. Por el corredor desfilaban todos á reunirse en la mesa de familia: Hugo distinguía, por las voces, á los que formaban parte de la procesión cotidiana, y esperaba, anheloso, como criminal en acecho, que pasaran todos, misia Gorgonia á la cabeza; que la hora del gaudeamus no la perdía ella, aunque más no fuera, si malucha andaba como aquel día, para recrearse con el espectáculo de las fuentes repletas y darse su ración de vista. Y pasó misia Gorgonia y detrás D. Paolo, pisando mesuradamente y en silencio, y muy cerca de él Tecla, con estruendosa alegría.

Pensó Hugo que, al no encontrarlo en el comedor, darían orden á Enriqueta de

buscarlo, y buscado por Enriqueta, tendría que comparecer ante todos, ante D. Paolo, con la huella de los besos de Tecla sobre la frente. Pensó que la misma Tecla vendría á buscarlo... Se estremeció el *bambino*, horrorizado de afrontar la vista de su hermano y de la familia, que, indudablemente, leerían en su rostro su falta, y de dar lugar á que la cuñada volviera. Esperaría á que pasara el último para salir. Y no volvería ya á la casa; nada más que con lo puesto se embarcaría; nadie, nadie tornaría á verlo en la fábrica de Fiorelli, asiento de la traición y de la infamia.

Pasó Parmenia, la última, y Hugo, sin embargo, no abrió la puerta, no huyó, no se movió. Le parecía oír el eco de la voz de Tecla:—¡Prueba á desobedecerme!... y que sus manos le oprimían la muñeca, y sobre la frente, sobre la mejilla y sobre la boca, el delicioso apretar de los labios ardientes sellaba la complicidad de sus dos almas.

Enriqueta no venía. Tampoco vino Te-

cla. Y tambaleando como un ebrio, Hugo se dirigió á su lecho, se echó de bruces y mordió la almohada, fustigándose á sí mismo con el dictado que el tío Girólamo, de detrás del cristal, le arrojaba como una piedra:

—¡Canalla! ¡Canalla!

VIII

Eran las diez y media. Dió el cuco de la salita de Landín el toque burlón, que deshacía la habitual tertulia y ponía punto á la lección de castellano, y D. Quico y Hugo se levantaron para marcharse; se apartó del balcón, donde departía con Luisa, Pedro Pablo, y el *Gavilancín* se acercó taimado á la mesa, con la cartilla enrollada en la mano como un canuto, trompeta de sus juegos más que fuente de sus estudios... Y presentados los debidos respetos á la hormigueta, menos risueña que otras noches, velada la cara por visible tristeza que su expresivo rostro no sabía ocultar, bajaron todos la estrecha escalerilla, uno á uno, es-